Mitos del mundo clásico

Versión libre de las *Metamorfosis* de Ovidio
a cargo de Rosa Navarro Durán

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2002
Segunda edición: 2013
Segunda reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Edward Burne-Jones: *The Tree of Forgiveness* (1881-82)
© Lady Lever Art Gallery, National Museums, Liverpool / Index - Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Rosa Navarro Durán, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2020
© Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADO

ISBN: 978-84-206-7830-6
Depósito legal: M. 24.861 - 2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13 Introducción, por Rosa Navarro Durán

MITOS DEL MUNDO CLÁSICO
21 La creación del mundo
23 Las edades del mundo
24 Licaón
25 El diluvio
27 Deucalión y Pirra
30 Dafne
33 Io
36 Faetón
40 Calisto
42 Coronis y Esculapio
45 Ocírroe
47 Bato
48 Aglauro
52 Europa
53 Cadmo
56 Acteón
58 Sémele
59 Tiresias
60 Eco y Narciso
63 Penteo
65 Acetes y los marineros tirrenos

68 Muerte de Penteo
70 Píramo y Tisbe
73 Venus y Marte
74 Leucótoe y Clitie
76 Hermafrodito
78 Las Minieides
79 Ino y Atamante
83 La metamorfosis de Cadmo y Harmonía
84 Perseo y Atlas
87 Perseo y Andrómeda
89 Medusa
90 Fineo
95 Polidectes
95 La fuente Hipocrene
96 Las Piérides
97 Ceres y Proserpina
103 Aretusa
105 Triptólemo y Linco
105 La victoria de las Musas
106 Aracne
109 Níobe
113 Los licios
115 Marsias
116 Pélope
116 Progne, Tereo y Filomela
121 Bóreas y Oritía
123 Medea y Jasón
130 Pelias
132 Teseo
133 Éaco y los Mirmidones
137 Céfalo y Procris

139 Lelaps
140 La muerte de Procris
141 Escila
145 Dédalo y el laberinto
146 Teseo y Ariadna
146 Dédalo e Ícaro
148 Perdiz
150 El jabalí de Calidón
155 Altea y Meleagro
158 Aqueloo
159 Las Equínades
159 Perimele
160 Filemón y Baucis
164 Erisicton y Mnestra
168 Hércules y el Aqueloo
172 Neso y Deyanira
174 Muerte de Hércules
178 Alcmena
180 Dríope
182 Iolao
183 Biblis
187 Ifis
190 Orfeo y Eurídice
193 Cipariso
194 Jacinto
196 Los Cerastas
197 Pigmalión
199 Mirra
203 Venus y Adonis
204 Atalanta e Hipómenes
208 Muerte de Adonis

209 Muerte de Orfeo
211 Midas
215 Laomedonte y Hesíone
215 Tetis y Peleo
217 Dedalión y Quíone
219 Peleo y Foco
220 Ceix y Alcíone
229 Ésaco
230 Ifigenia
232 La Fama
233 Aquiles y Cigno
234 Ceneo
236 Centauros y Lapitas
240 Muerte de Aquiles
242 La disputa de las armas de Aquiles. Discursos de Áyax y de Ulises
253 Muerte de Áyax
253 Hécuba y Políxena
256 Hécuba y Poliméstor
257 Memnón
259 Eneas y Anio
261 Polifemo y Galatea
266 Glauco y Escila
270 Eneas y la Sibila
272 Pico y Canente
275 Pomona y Vertumno
277 Ifis y Anaxárete
279 El Ave Fénix
280 Hipólito

283 Índice de mitos y protagonistas

Mitos del mundo clásico

Introducción

Sonus est qui uiuit in illa
(Sólo el sonido vive en ella)

¿Por qué llega todos los años la primavera? ¿Por qué verdean entonces los campos, nacen hojas en los árboles y se oyen los cantos de los pájaros? El ciclo de la naturaleza tiene una explicación afectiva: Ceres, la diosa de las cosechas, se alegra porque su hija Proserpina regresa a la tierra. Pasa con ella seis meses y luego regresa a su reino, el Infierno, en donde la espera su esposo Plutón. La naturaleza, como la diosa, se entristece con la ausencia de la joven y pierde su verdor y su belleza durante medio año hasta que, fiel a su cita, vuelve ella a ver a su madre.

¿Por qué el girasol sigue en el cielo el curso del sol? ¿Por qué si se grita en los montes, éstos devuelven la voz? ¿Por qué los murciélagos vuelan alrededor de las casas? ¿Por qué les dan una corona de laurel a los vencedores de las carreras? Detrás de muchos seres que nos rodean, detrás de muchas flores, detrás de cosas que suceden a nuestro alrededor, detrás incluso de costumbres, hay una historia, una historia maravillosa, llena de amor o de odio,

que los hombres fueron imaginando a lo largo de siglos y que un escritor extraordinario, Publio Ovidio Nasón, escribió en bellos versos el año en que nació Cristo.

Siglos después, en 1893, un poeta nicaragüense, Rubén Darío, contó cómo un día la rosa fue tentada por el diablo. Era bella, tenía color, aroma, gracia… pero no era útil. El maligno espíritu le dijo: «No eres útil. ¿No miras esos altos árboles llenos de bellotas? Ésos, a más de ser frondosos, dan alimento a muchedumbres de seres animados que se detienen bajo sus ramas. Rosa, ser bella es poco…». Y la rosa palideció porque deseó ser también útil. Cuando al día siguiente pasó por delante de ella el buen Dios, la rosa, «aquella princesa floral, temblando en su perfumada belleza», le pidió que la hiciera útil. Y el Señor, sonriendo, accedió. «Y entonces vio el mundo la primera col.»

Esa metamorfosis no la cuenta Ovidio, pero podría haberlo hecho. Todo lo que nos dice es bellísimo, pero no es científico. No se trata de convertir las rosas en coles cuando sólo son rosas, basta con admirar su color, su belleza, basta con aspirar su aroma, su perfume.

El ser humano ha sabido siempre conservar la fantasía, aunque haya dejado de creer en su verdad. Primero el mito fue religión, luego leyenda, historia fingida; incluso pudo haber sucedido algo que lo justificara. Después se siguió escribiendo, pintando, esculpiendo, componiendo música sobre esas historias. Los personajes de los mitos han dado nombre a tierras, a mares, a sentimientos, a estrellas. Europa fue una bellísima joven de la que se enamoró Júpiter y por ella adoptó la forma de un toro. El mar Icaria tiene el nombre de un muchacho, Ícaro,

que voló por primera vez con alas que inventó su padre, Dédalo, y se embriagó tanto con la sensación nueva que quiso alzarse más y más acercándose peligrosamente al Sol. Todos sabemos que la punzada que sentimos en lo más hondo del corazón al enamorarnos es la herida de una flecha de oro que nos lanza Cupido, el dios niño que nunca falla su disparo. Si miramos el cielo, veremos la Osa Mayor o el Centauro, ¿por qué llamamos así a esas estrellas?

Pero si vamos a un museo, veremos cuadros que representan historias que no entenderemos si no hemos leído este libro que nos cuenta las metamorfosis. Correggio, hacia 1530, pintó una bellísima mujer a la que parece que la abraza una nube oscura, aunque en la nube se distingue levemente un rostro y un brazo de hombre; el cuadro se llama *Júpiter e Io* –lo podemos ver en Viena–. Si leemos la historia de Io, sabremos el porqué de la nube en la pintura y de la imagen de ser humano –o divino– que aparece dentro de ella.

Velázquez nos legó, cien años más tarde, un cuadro extraordinario que llamó *La fragua de Vulcano*. En él vemos a un personaje resplandeciente, coronado de laurel, que está hablando a unos herreros, que le escuchan atónitos. Después de leer el episodio en las *Metamorfosis*, sabemos que el pintor plasma el momento en que Vulcano se entera por boca de Apolo –el Sol– que Venus, su mujer, está en brazos de Marte. No sólo entendemos el estupor del herrero y de sus cuatro ayudantes, sino que identificamos al personaje resplandeciente, podemos imaginarnos la escena –el instante– y admiramos además la creación genial de Velázquez al pintar a Vulcano como un auténtico

herrero en la fragua, que sus contemporáneos reconocían perfectamente.

Pedro Salinas en su poema «Pareja, espectro» de *Largo lamento* dice:

> Nunca agradeceremos
> bastante a tu belleza
> el haber libertado a Dafne,
> después de tantos siglos de ser verde,
> para suplir la falta de los pájaros.
> (Habían huido todos al fondo de tus ojos
> dejando al mundo
> sin otro aletear que tus miradas.) […]
> Y, sobre todo, nunca,
> nunca agradeceremos
> bastante a tu belleza
> el habernos librado
> de tu misma belleza, del terrible
> influjo que podía haber tenido
> sobre la calma de los mares, sobre Troya…

Y dibuja en el fondo de sus versos la figura de Dafne, verde porque fue transformada en laurel, y la historia de Elena y de su espléndida belleza que causó la terrible guerra de Troya. Si no sabemos quiénes son, no podemos ver el paisaje sobre el que se recorta la alabanza a la amada.

Al leer el relato de Jorge Luis Borges *La casa de Asterión*, nos asombraremos de cómo describe el personaje, Asterión, su casa, a menos que la reconozcamos: «Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; son catorce [son infinitos] los pesebres,

abrevaderos, patios, aljibes». O no podremos comprender por qué le asustan las caras de la gente, «caras descoloridas y aplanadas, como la mano abierta», a menos que reconozcamos en Asterión al Minotauro, que tiene cabeza de toro, y en su casa al laberinto. Su esperado final nos llega con una sutil variación del genial escritor argentino: «El Minotauro apenas se defendió», le dice Teseo a Ariadna. ¡No podía él saber que era su redentor! Lo había liberado de esa casa sin puertas que era su prisión. Borges reelabora esa herencia cultural que evidentemente sólo podemos compartir si la conocemos.

Nuestra cultura está empapada de referencias a esas maravillosas historias de dioses y héroes. E incluso lo está nuestro sistema social, nuestra vida cotidiana. ¿Qué es el caduceo y por qué es el símbolo del comercio? ¿Por qué el Ave Fénix puede ser el nombre de una compañía de seguros?

En los mitos encontramos al primer volador, el primer cambio de sexo o la historia del primer navío que se atrevió a surcar la superficie hasta entonces intocable del mar. En ellos vemos a héroes valientes, pero también a otros que, sobre todo, saben hablar, convencer con sus palabras. Descubrimos cómo hubo un tiempo en que las mujeres supieron que habían nacido de piedras, igual que los hombres, después de que las aguas cubrieran las tierras y desaparecieran todos los seres humanos, menos una pareja justa, prudente y piadosa. Y leemos cómo el destino ha dicho que un día el mar, la tierra y los cielos arderán…

Los poetas del Siglo de Oro crearon poemas llenos de dificultad, de artificio, de belleza. El lector tiene que descifrar las alusiones que hacen para entender todo lo que

sus versos dicen, para aprehender toda su hermosura. Muchas de ellas están basadas en estas historias que nos cuenta Ovidio. Luis de Góngora quería alzar la lengua a la cumbre de dificultad y de belleza en su extraordinario poema, las *Soledades,* y tenía como modelo a Ovidio en las *Transformaciones.* Lope de Vega comienza un soneto:

> Que eternamente las cuarenta y nueve
> pretendan agotar el lago Averno,
> que Tántalo del agua y árbol tierno
> nunca el cristal ni las manzanas pruebe…

Las «cuarenta y nueve» son las Danaides, que están condenadas a llenar eternamente un tonel sin fondo con las aguas del lago Averno en el Hades. Tántalo tiene el agua al cuello y, muerto de sed, cuando quiere acercar la boca para beberla, se le aleja; tiene unas jugosas manzanas a su alcance, pero, cuando quiere saciar el hambre que le atormenta, se le retiran inexorablemente.

Los dramaturgos escribieron –y siguen haciéndolo– dramas mitológicos. Calderón de la Barca convirtió la historia de Eco y Narciso en un drama espléndido. El adivino Tiresias le advierte a Liríope, la madre del bellísimo joven:

> Una voz y una hermosura
> solicitarán su fin
> amando y aborreciendo.
> Guárdale de ver y oír.

El enigma deja de serlo si conocemos la historia del joven que se enamora de su propia imagen y la de la ninfa

Eco, que también enloquece vanamente por él. Y sabremos así además qué es el narcisismo.

Ovidio fue un extraordinario poeta latino, nació en Sulmona en el año 43 a.C. y murió el año 17 de nuestra era. Escribió en Roma sus *Metamorfosis* hace veinte siglos; parece que tenía terminada la obra el año 9, cuando Augusto le desterró a Tomis, a orillas del mar Negro.

Francisco Alegre tradujo la obra al catalán, que se imprimió en Barcelona, en 1494, y Jorge de Bustamante la tradujo al castellano; se imprimió en Amberes en 1551.

No ofrezco una traducción fiel, pero sí una versión libre muy cercana al texto. He procurado desgajar las historias del magma espléndido de palabras que las envuelve, simplificando el relato. Sólo he cortado inmisericorde la exaltación final de Julio César; de los dos últimos libros, el XIV y el XV, sólo aparecen las historias que han sobrevivido literariamente en los textos de nuestros escritores. Homero y Virgilio son mejores guías para las navegaciones de Ulises y de Eneas. Los relatos de los trece anteriores permanecen íntegros, pero simplificados a veces, en la versión.

He mantenido siempre las comparaciones del poeta, tan sugerentes, tan bellas. Y he cuidado la pervivencia de las citas que han pasado a ser patrimonio común, como las palabras de Medea «veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor», o lo que piensa Hipómenes: «Los dioses ayudan a los audaces».

He seguido la edición del texto de las *Metamorfosis* de Antonio Ruiz de Elvira, editada en Barcelona, Alma Mater, 1964-1969, volúmenes I y II (libros I–X). La del texto y las notas del último volumen (libros XI-XV) se deben

a Bartolomé Segura Ramos, y la traducción a A. Ruiz de Elvira; está editado en Madrid, CSIC, 1984. He leído el texto latino también a la luz de la traducción de las *Metamorfosis* de Antonio Ramírez de Verger y Fernando Navarro Antolín. Madrid, Alianza Editorial, 2001 (11.ª reimpresión: 2011).

He tenido en cuenta las notas de los latinistas para aclarar lugares oscuros.

A pesar de mi respeto por la honda belleza del texto, sé muy bien que en esta versión, *sólo el sonido vive en ella*, como en Eco.

Rosa Navarro Durán

Mitos del mundo clásico

La creación del mundo

La naturaleza, antes de que existiera el mar, la tierra y el cielo, tenía un solo aspecto: era el Caos, una masa confusa y desordenada. La tierra, el aire y el agua estaban mezclados; ni la tierra era sólida, ni el aire tenía luz ni se podía vadear el agua. Ningún elemento tenía aún forma alguna; todos luchaban entre sí: lo frío con lo caliente, lo húmedo con lo seco, lo blando con lo duro, lo ingrávido con lo pesado. Un dios acabó con esta guerra. Separó la tierra del cielo, las aguas de la tierra, el claro cielo del aire espeso, y a cada uno de ellos le dio un lugar distinto y estableció la armonía entre todos. La energía ígnea y sin peso, el fuego, fue al lugar más alto; después quedó el aire y, por último, la tierra densa, que formó una masa compacta gracias a su propio peso, mientras el agua la rodeaba.

Ese dios, fuese quien fuese, después de dividir y distribuir la masa, dio a la tierra la forma de un globo enorme;

hizo que los mares, que ceñían la tierra, se embraveciesen con los vientos, y añadió fuentes, lagos y ríos en cauces que serpenteaban; unos los tragaba la propia tierra, otros llegaban al mar. Hizo extender los campos, allanar los valles, llenar de hojas los bosques, elevar los montes. Marcó en la tierra cinco zonas: en la central no se podía vivir porque hacía demasiado calor; cubrió de nieve las dos extremas, y entre unas y otra, situó las dos de clima templado, donde el fuego se mezcla con el frío. Por encima colocó el aire, más ligero que la tierra y más pesado que el fuego; en él puso nieblas, nubes y los truenos que los hombres oyen con miedo, y los vientos, que crean relámpagos y rayos. A éstos, que siendo hermanos, luchan siempre, los colocó en distintas zonas; pero todavía de vez en cuando destrozan el mundo con sus peleas. El Euro es el viento del este y está en la zona que primero ve la Aurora; el suave Céfiro, el del oeste, donde el sol se pone; el espantoso Bóreas es el viento del norte, y en la parte opuesta, está el lluvioso Austro, que humedece el sur llevándole continuas nubes.

Los astros, que durante mucho tiempo habían soportado la densa oscuridad, resplandecieron en todo el ancho cielo, que ocuparon. Las aguas se llenaron de peces relucientes; la tierra, de fieras, y el aire, de aves. Faltaba un ser más noble, más inteligente, que pudiera dominar a los demás. El creador de la naturaleza hizo al hombre de semillas divinas; lo creó él mismo o la propia tierra, que tal vez aún retenía gérmenes del cielo, del que se había separado hacía tan poco. Mientras los animales miraban la tierra, el hombre miraba el cielo, y su rostro se erguía hacia los astros.

Las edades del mundo

Primero se creó la edad de oro, en la que reinaban el bien y la lealtad. No había autoridad, ni castigo ni miedo ni leyes ni prohibiciones. No se había cortado aún pino alguno para hacer navíos con los que ir por el mar a lugares extraños; nadie conocía más playas que las suyas. Las ciudades no estaban rodeadas por murallas ni se conocían las espadas ni los cascos; no había soldados, los pueblos vivían tranquilos. No había que cultivar la tierra, ella misma daba los frutos. Los hombres cogían las fresas de las montañas, los frutos de los árboles, las moras de los zarzales, las bellotas que caían de las encinas.

La primavera era eterna. Soplaban suaves brisas que acariciaban las flores, nacidas sin semilla. La tierra sin labrar producía cereales, y se llenaban los campos de espigas llenas de grano. Fluían ríos de leche, de néctar, de miel, que goteaba de las encinas.

Júpiter venció a Saturno y lo precipitó al tenebroso Tártaro. Entonces llegó la edad de plata. La primavera fue más breve porque el año se dividió en cuatro periodos: invierno, verano, otoño y la fugaz primavera. Hizo por primera vez frío y calor. Los hombres se refugiaron en las cuevas, tuvieron que sembrar los campos y hacer trabajar a los bueyes.

Después llegó la edad de bronce, mucho más cruel. Pero la última la superó en mucho: es la edad de hierro. Desaparecieron la bondad, la verdad, la honradez; llegaron los engaños, la violencia, el ansia de poder. Se cortaron árboles para hacer barcos que llevaran a los hombres a otros lugares. La tierra que antes era de todos, como el

aire y como el sol, se dividió en partes. Le exigían abundantes cosechas, la excavaron para llegar a sus entrañas y sacar tesoros. Apareció el hierro, tan dañino, y el oro, mucho peor, y con ellos, la espantosa guerra. Se vive del robo, nadie puede fiarse ya de nadie; ni tan siquiera entre hermanos hay acuerdo siempre. El marido trama la ruina de su mujer, y ésta la de su marido; el hijo pregunta antes de tiempo la edad que ya tiene su padre. No hay piedad; la tierra está empapada de sangre.

Tampoco el cielo se vio libre de guerra, porque los Gigantes quisieron apoderarse de ese reino, y Júpiter libró con ellos una espantosa batalla que ganó gracias al poder del rayo.

Licaón

El dios de los dioses, Júpiter, recorre la tierra en figura humana para ver si es cierta la noticia que le ha llegado de los innumerables delitos que cometen los hombres. Un día, cuando el crepúsculo estaba acabando y arrastraba ya a la noche, llegó a la casa del tirano Licaón, en Arcadia.

El propio Júpiter había extendido la noticia de que iría a esas tierras un dios; la gente, atemorizada, rezaba. Pero el malvado Licaón se reía de ellos; les dijo que él haría una prueba para averiguar si el recién llegado era un dios o no. Pensaba darle muerte cuando durmiese; pero no contento con ese plan, coge a un enviado de los molosos, una nación vecina, lo degüella, tuesta algunos de sus miembros, otros los hierve, y se los sirve a Júpiter. En el momento en que esa nefanda comida llega a la mesa, el

dios hace que se desplome la casa que tan terrible hospitalidad le daba y descarga su ira y su castigo sobre Licaón. Aterrorizado, el tirano huye al campo: su ropa se transforma en pelo, sus brazos en patas; no puede hablar, da aullidos. La rabia de su alma le sale a la boca y mata a dentelladas al ganado: es un lobo, conserva el mismo pelo cano, el mismo brillo feroz en los ojos; es tan salvaje como antes.

El diluvio

Júpiter acabó con la rebelión de los Gigantes, que querían apoderarse de su reino celestial y habían amontonado montañas para llegar hasta los astros. Con los rayos que le forjó Vulcano y sus ayudantes, los Cíclopes, en su fragua, resquebrajó los montes e hizo que se desplomaran sobre los feroces y monstruosos rebeldes. La Tierra, empapada con la gran cantidad de sangre de esos hijos suyos, dio vida al líquido caliente y lo convirtió en figuras humanas para que no quedara ni rastro de la raza de los Gigantes. Pero los descendientes no fueron mejores: la ferocidad de la sangre heredada se tradujo en crueles guerras, en espantosas carnicerías.

El padre de los dioses, al verlo, se enfureció muchísimo. Convoca la asamblea de los dioses. Acuden todos a la morada de Júpiter, el gran Tronador –suyos son los rayos y truenos–, por la Vía Láctea, un camino celeste de blancura resplandeciente. Se sientan en el palacio de mármol esperando lo que quería decirles el todopoderoso Júpiter. Él toma asiento en un lugar superior, se apoya en su cetro de